

píritu Santo, y al sublime y glorioso fin para que fuisteis criados, y plenamente convencidos de que á este fin solo se llega *con obras de fe, esperanza y caridad*, consagrareis á la posesion de esta ciencia, que nos enseña á creer, á esperar, á pedir y á obrar siempre en el sentido de tan alta vocacion, los dias que aun os faltan para concluir vuestra jornada sobre la tierra! ¡Oh sí desde ahora, mas atentos que nunca á estudiar la lei santa del Señor, hicieseis de ella vuestra meditacion constante, como el Profeta-rei! Tened por seguro, cristianos, que os elevariais al mas alto grado en la escala del entendimiento y del corazon, adquirierais el mas temible poder contra vuestros enemigos, os elevariais sobre vuestros maestros, superariais con esta ciencia divina la consumada prudencia de los ancianos; pues tales son los preciosos frutos de la palabra de Dios constantemente meditada. ¹ Él derrame sobre vosotros sus bendiciones todas y cumpla mis deseos, haciéndoos instruidos y virtuosos, para que seáis perfectos y bienaventurados.

(1) Quomodo dilexi legem tuam, Domine? Tota die meditatio mea est.—Super inimicos meos prudentem me fecisti, Super omnes docentes me intellexi; Super senes intellexi, quia mandata tua quæsi. PS.—Cap. XVIII, vv. 97, 98, 99, 100.



PLÁTICA SEGUNDA

SOBRE

LA DIGNIDAD Y EXCELENCIA

DEL

CARÁCTER DE CRISTIANO,

PROBADA CON LA PERSONA DE JESUCRISTO,

SU MISION

Y

SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD.

Deus... donavit illi nomen quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur.

Dios... le dió un nombre superior á todo nombre, á fin de que al nombre de Jesus se doble toda rodilla.

Epist. de S. Pablo á los Philipenses, cap. II, vv. 9 y 10.



DESDE QUE yo vengo á enseñaros, hermanos míos, y vosotros venís á aprender la doctrina Santa de la Iglesia, debo sin duda comenzar ilustrando las ideas relativas al carácter con que vosotros y yo nos presentamos en la casa de Dios á la explicacion catequística. Este carácter es el de *cristianos*. Con este nombre nos distinguimos ante todos los pueblos y en todos los siglos: este solo nombre compendia en sí toda la historia de la religion y de la humanidad, representa, no lo dudéis, cuanto puede referirse á la religion y su objeto, á nuestra naturaleza ennoblecida y nuestro último fin. Si se nos pregunta ¿cómo nos llamamos? harémos revivir con nuestra respuesta los hechos mas ilustres del cristianismo, simbolizarémos un grande suceso de la religion, un misterio profundo de la fe, un beneficio particular de la gracia por la intercesion de Ma-

ría, una vida pasada en el heroísmo del corazón sacrificado á la lei. Nuestros labios pronunciarán las palabras *Pedro, Juan, ó Francisco*; mas nuestro espíritu recordará que estamos encomendados desde el primer día de nuestra regeneración al Príncipe de los Apóstoles, al sublime Precursor del Mesías, ó bien al Discípulo amado que se reclinaba sobre su pecho, al padre de la inmensa familia que vuelve sus ojos á la ciudad de Asis para encontrar el origen de esa gloria que encubre la humildad, ó bien á Francisco Javier, que revistiéndose con las alas de la caridad, atravesaba los mares y los montes, y desafiaba todos los elementos, y echaba sobre sí todos los trabajos de una larga peregrinación, para ir á llevar á los mas remotos climas el nombre, la fe y la gloria de Jesucristo. Ved aquí, hermanos míos, el primero de nuestros timbres, sin salir de nuestro nombre particular, y lo que quiere decir nuestro manual catecismo en la primera de sus preguntas y respuestas. *Decidme: ¿cómo os llamáis? Responderá su nombre, Pedro, Juan ó Francisco &c.*

Pero no nos detengamos aquí: esta filiación particular que cada uno de nosotros tiene con el Santo de su nombre viene á refundirse y engrandecerse en esa otra filiación general, en esa designación católica que representa con un solo signo al inmenso pueblo redimido con la sangre de Jesucristo, ora milite en la tierra con los enemigos de su alma, ora se halle de paso por el lugar misterioso de la purificación, ora finalmente viva y reine con Dios en la Jerusalem de los cielos. ¿Qué signo es este, católicos? El nombre augusto de *cristiano*. De este precisamente voi á hablaros ahora. La serie de mis instrucciones han de ser colocadas entre dos puntos extremos, uno que establece la excelencia de vuestra condición, otro que sanciona la imperecedera gloria de vuestro fin. Se os pregunta, *si sois cristianos*; y respondéis con toda la sencillez de la verdad: *sí por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo*. Se os pide que expliquéis la significación de esta palabra *cristiano*; y respondéis, que *cristiano* quiere decir *hombre de Cristo*, esto es, *hombre que tiene la fe de Cristo, que profesó en su santo Bautismo*. He aquí en cuatro palabras encerrada toda la ciencia que

nunca pudieron conquistar en tantos siglos los primeros sabios de la antigüedad; la ciencia de la humanidad, regenerada en su naturaleza, ennoblecida en su carácter, santificada en su carrera y glorificada en sus destinos. Mas todavía esto parece como la superficie del gran todo, y no sirve, digámoslo así, sino para comprometernos mas y mas en la investigación preciosa de nuestra propia excelencia mediante el estudio profundo de este nombre divino.

¿Cómo formarnos pues una idea tan grande cual quisiéramos acerca de nuestro nombre de *cristianos*? Procurando tenerla de Jesucristo, no solo en su naturaleza, sino tambien en su misión y en sus relaciones con toda la humanidad. Veis pues indicado ya el plan de este discurso. *¿Quién es Cristo?* He aquí la primera parte. *¿Es este Cristo el Mesías verdadero?* He aquí la segunda. *¿Cuáles fueron sus oficios mas principales?* He aquí la tercera.

PRIMERA PARTE.

Echad vuestros ojos por todo lo que os rodea; visitad con vuestra mente esos brillantes mundos que giran sobre nosotros; bajad con vuestra meditación á contemplar esa inmensidad de seres que viven en el seno de los mares ó en las entrañas de la tierra; en suma, estudiad toda la creación visible entre la cual os halláis colocados: bien pronto descubriréis con cierta especie de trasporte, que todos estos seres están distribuidos por una escala puesta por Dios en el mundo, como el escabel de vuestros piés, y que todo se halla situado, (como entre el principio y el objeto,) entre Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y el hombre hecho á imagen y semejanza de Dios; que este Ser perfectísimo todo ha querido sujetarlo al hombre, reservándose para sí al hombre mismo. Dios y la humanidad, en una alianza feliz sostenida bajo el influjo de la primitiva gracia; he aquí el Paraiso en su bello día: el hombre apartado de Dios

por el pecado de nuestro primer padre, la humanidad entera condenada al dolor y á la muerte, las hostilidades rotas entre la tierra y el cielo; he aquí el mundo moral en su miserable caída de la gracia: la humanidad rehabilitada por el Verbo con la renovacion de la alianza: mediante la Encarnacion verificada en las entrañas de María por obra del Espíritu Santo; he aquí á *Jesucristo*. Yo os preguntaré pues, *quién es Cristo?* y arrebataré vuestros primeros homenajes á su adorable persona, respondiendo sencillamente; *Dios y hombre verdadero*. De esta manera veo entrar con las dos naturalezas en la santa persona de Jesucristo á Dios con su esencia y á la humanidad con sus destinos. Verdadero Mediador, liga y estrecha sin cesar en su persona con sus dos naturalezas aquellos dos órdenes. La Divinidad bajó á la tierra en la persona del Verbo, para que la humanidad toda subiese al cielo en la Ascension gloriosa del Hijo de María.

Pues que os he dicho que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, añadiré aquí, para demostrároslo, que es Dios, *por que es natural Hijo de Dios vivo*, y que es hombre verdadero, *porque es tambien Hijo de la Virgen María*; y de ambos hechos podéis partir, para entender cómo él es el *Unigénito*, y cómo se llama Cristo *por la unción y plenitud de gracia que tiene sobre todos*. Mas detengámonos un poco á fin de ampliar estas ideas con la demostracion católica de la divinidad y humanidad de Jesucristo.

Jesucristo es Dios: oid aquí las principales pruebas de este dogma. El Evangelista San Juan, á fin de manifestarlo, describe la generacion eterna del Verbo; y al efecto, nos dice que *Jesucristo es el Verbo, que existe desde la eternidad, que estaba en Dios, que era Dios; que por él se hicieron todas las cosas &c. &c.* ¹ San Pablo afirma que, *al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envió á su Unigénito, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, se juzgó igual á Dios, y nó por usurpacion.* ² El mismo Jesucristo lo anunció terminantemente en diversas ocasiones; pues unas veces dice; *Yo y el Padre somos una misma cosa*; ³ otras establece, como una consecuencia,

(1) Cap. I, vv. 1 y sig.—(2) Philip. cap. II, v. 6.—(3) Joan cap. X, v. 30.

que debian creer en él los que creian en el Padre. ¹ Que Jesucristo es el Verbo, lo acabamos de ver. Tambien hemos visto que el Verbo no es el Padre: el mismo Jesucristo lo enseña: *En la casa de mi Padre*, decia á sus discipulos, *hai muchas mansiones*, despues de haberles dicho, *pues creéis en Dios, creed tambien en mí*. Todo el capítulo XIV de San Juan está manifestando dos cosas, la identidad de naturaleza entre el Verbo y el Padre, y la distincion de personas. Tampoco es el Espíritu Santo: esto se prueba, ya con el hecho de que Jesucristo habló de él, como de una persona distinta, principalmente en aquella ocasion en que, tratándoles de su Ascension á los cielos, les prometió enviarles su Espíritu Santo; ² ya porque á cada paso muestra el Nuevo Testamento á Jesucristo, como el Hijo de Dios, el Verbo eterno, distinto del Padre y del Espíritu Santo; ya en fin, porque así lo ha enseñado la Iglesia en todos los siglos. ³ Fácil me fuera, hermanos míos, el hacer pasar vuestra inteligencia y vuestra fe por cada uno de estos sagrados textos, y prolongar mi discurso con una serie de citas encaminadas á manifestar esa cadena tradicional de enseñanza de toda la Iglesia católica, para que vieseis á cada paso y á toda luz cómo la divinidad de Jesucristo es un dogma católico, un punto de fe, porque Dios le ha revelado en las Santas Escrituras, y la Iglesia le enseña en su doctrina. Pero yo debo ser mui sobrio, limitándome á lo mui preciso, principalmente cuando vuestra fe en mi santo ministerio me reviste á vuestros propios ojos de un gran carácter de autoridad. Vengamos pues al segundo punto.

Jesucristo es hombre verdadero. ¿Porqué? *Porque es tambien Hijo de la Virgen María*. Todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento anuncian, manifiestan y confirman este dogma. Leedlas, católicos: allí veréis cómo Jesucristo se designa con el nombre de *vástago de la muger*, ⁴ y cómo se dice, que debe descender de los Patriarcas. ⁵ Los Profetas dan á conocer que sacará su origen de Judá y de David, y describen su nacimiento,

(1) Joann. cap. XIV, v. 1.—(2) Joann. cap. XIV, v. 16, 17 y 26.—(3) Símbolo de los Apóstoles, de San Atanacio y Nicea.—(4) Genes. cap. III, v. 15.—(5) Ibid. cap. XII, v. 3.

su muerte y todas las circunstancias de su vida mortal, las cuales no podían convenir evidentemente, sino á un verdadero hombre. ¹ En el nuevo Testamento, los Evangelistas y los Apóstoles hablan á cada paso de la humanidad de Jesucristo: San Mateo y San Lucas hacen su genealogía: San Juan dice literalmente: que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. ² El mismo Jesucristo lo advierte á sus discípulos en estas palabras: *Tocad y ved: los espíritus no tienen carne ni huesos, como veis que yo tengo*. ³ El Apóstol San Pablo en su epístola á los romanos dice, que *el Hijo de Dios es descendiente de David segun la carne*, ⁴ y San Juan manifiesta, que *todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en la carne, viene de Dios*. ⁵ La Iglesia misma en todos tiempos y sin interrupción ha profesado esta creencia, fundada tan claramente en la Escritura, cómo lo ve todo el mundo, al repetir el Símbolo de los Apóstoles, y al oír entonar en los templos el Símbolo transmitido por los padres del Concilio Niceno.

Hai mas: esta Encarnación fué verificada en las entrañas de la Virgen María: ved aquí otra verdad igualmente demostrada. San Juan designa á María con el nombre de *Madre de Jesus*, ⁶ como lo habia hecho ya Santa Isabel, ponderando su ventura por ser visitada de María. ⁷ En los mismos términos se explica San Lucas. ⁸ No la designó con otro nombre al Angel del Señor, cuando prescribió á José la huida para Egipto. ⁹ Y por último, concluiré con recordaros, que terminantemente se lo dijo Gabriel á Maria, cuando vino á anunciarle su divina maternidad. ¹⁰

Ya veis, hermanos míos, cómo Jesucristo Nuestro Señor es Dios y hombre verdadero, cómo es el Verbo eterno, la sabiduría increada, el Unigénito del Padre, ó como dice, nuestro manual catecismo, *como es natural Hijo de Dios vivo*; y habéis visto tambien, como es hombre, sin dejar de ser Dios, *porque es tambien Hijo de la Virgen María*. Llámase *Cristo* y por esto nosotros nos llamamos *cristianos*. ¿Mas qué debemos entender por esta palabra *Cristo*? „Esta palabra, dice Lactancio, no es un nombre propio; sino un tí-

—1—Joann. cap. I, v. 14.—2—Joann. Ib.—3—Luc. cap. XXIV, v. 39.—4—Cap. I, v. 3.—5—I cap. IV, v. 3.—6—Joann. cap. II, v. 2.—7—Luc. cap. I, v. 43.—8—Ib. cap. II, v. 34.—9—Math. cap. II, v. 13.—10—Luc. cap. I, v. 35.

tulo que designa el poder y la dignidad real; y por esto los judíos llamaban *Cristos* á sus reyes. Este nombre, derivado de una palabra griega que significa *ungir* ó hacer una unción, sirvió despues para nombrar una persona consagrada por la unción santa. Estaba prevenido á los judíos por su lei, hacer y consagrar un perfume para ungir á aquellos que eran elevados á la dignidad real. Por esto nosotros llamamos *Cristo* al que ellos llamaban *Mesías*, como si dijéramos *ungido ó rei consagrado*: porque este augusto personaje, concluye el escritor citado, posee no un reino temporal, sino un reino celestial y eterno. ¹ Elevando pues esta palabra hasta el grado mas sublime de que fuera capaz, la consagra la Iglesia para designar con ella al Hijo del Dios vivo, al Verbo encarnado que reunió en su persona la dignidad de rei, de sacerdote y de Profeta. He aquí, hermanos míos, al Mesías verdadero, porque es el mismo *prometido en la lei y en los Profetas*. Mas al pronunciar el nombre de Mesías, entramos naturalmente á considerar á Jesucristo en la misión sublime de gracia, de salud y felicidad que vino á cumplir en la tierra.

SEGUNDA PARTE.

La misión de Jesucristo en la tierra es una misión de salud, pues que vino ex-profeso á redimir al hombre de la esclavitud y muerte del pecado; es una misión de luz y de verdad, porque vino á disipar con su doctrina y Evangelio los errores y las tinieblas que envolvian á toda la humanidad; es por último, una misión de sólida firmeza, porque vino á establecer en el mundo un reino inmortal. Como yo no escribo un libro, me es imposible reducir al pequeñísimo espacio de una subdivision metódica el imponente conjunto de hechos, de figuras representativas, de profecías verificadas, de cotejos ó comparaciones históricas, que han servido de fundamento en todos los siglos aun á los que ántes habian sido incrédulos, para reconocer en Jesucristo al ver-

(1) Divin. Inst. I. 4, cap. 7. Vease el *Diccionario teológico de Bergier*. art. CRISTO.